

CANTOS CASENAVE, Marieta (edición, introducción y notas), *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocación han nacido en España. Aumentado con más de cincuenta voces y una receta eficazísima para matar insectos filosóficos. Obra útil y necesaria en nuestros días*, Sevilla: Renacimiento, 2021, 202 pp.

Hay que felicitarse por contar con la primera edición moderna exenta y anotada de esta obra especialmente singular en el contexto de las polémicas entre *casticistas* y *modernos* durante los años de la guerra de la Independencia, «entre los partidarios del Antiguo y del Nuevo Régimen, entre los apologistas del cristianismo más acendrado y los partidarios de una religión más abierta a las reformas espirituales» (p. 11), como escribe la profesora de la Universidad de Cádiz Marieta Cantos Casenave, a quien debemos esta notable aportación. Podría haber sido también la primera edición en incorporar a su cabecera el nombre de su autor, Justo Pastor Pérez Santesteban, un oficial de la Secretaría de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia, activo publicista y azote y delator de liberales, pues parecen incontestables los datos que allega la autora de esta edición para considerarlo así. Cita, por ello y desde el principio, a Germán Ramírez Aledón, que publicó en 1996 en la revista *Trienio* un trabajo «Sobre la autoría del *Diccionario razonado* (1811)», dando razón de quien escribió el texto, ese pamplonés que fue administrador del Real Noveno en Toledo, jubilado como intendente de Extremadura y que colaboró en periódicos desde los que atacó las ideas

de los liberales defendiendo el absolutismo más reaccionario y la religión como principio de la vida del ciudadano. Su perfil biográfico, con la aportación de numerosos datos documentales, se recoge en el primer apartado (I. «Vicisitudes de un diccionario y de su autor») de una introducción que lleva el sugerente título general de «Modos de ordenar un mundo nuevo para hacerlo inteligible»; y, sin embargo, no es suficiente, por cautela de la investigadora, para que el nombre de Pérez Santesteban –que, con buen criterio, se recoge entre corchetes en la bibliografía de sus obras (p. 86)– ocupe la responsabilidad de autoría. Es todavía posible, pues, que no fuese el único responsable de aquel texto y que hubiese otros con él.

A este personaje, innominado por tantos años, lo llamó Bartolomé José Gallardo «un tonto de capirote», y al polígrafo extremeño hay que tomar por el *responsable* de la notoriedad del *Diccionario razonado*. Cabría decir que esta oportuna edición de Marieta Cantos Casenave no tendría el mismo sentido sin la publicación en su día del *Diccionario crítico-burlesco* (1811). Por eso, el nombre de Bartolomé José Gallardo es de los más citados en esta edición después de los de Justo Pastor Pérez y Voltaire (alfabetizado en el pertinente «Índice onomástico, de obras y geográfico» como Arouet, François-Marie de). Fue el primero que reaccionó ante la publicación del *Diccionario razonado* –al decir de uno de los principales investigadores de Gallardo, Alejandro Pérez Vidal, ya había ejemplares a la venta mediado abril de 1812–, y su figura suscitó luego unas fuentes secundarias en algunas de las que se vio

aludido el texto de J. P. Pérez. Aunque el propósito de Cantos Casenave es dar a conocer la obra antiliberal, debería tener más presencia la bibliografía en torno a su principal y más notable impugnador. Por ejemplo, el libro del citado Pérez Vidal *Bartolomé J. Gallardo. Sátira, pensamiento y política* (Editora Regional de Extremadura, 1999), o los «clásicos» que abordaron la obra del polemista, como Pedro Sáinz Rodríguez (*Bartolomé J. Gallardo y la crítica de su tiempo*, que proviene de su antiguo estudio de 1921), quien recoge en la ficha del *Diccionario razonado manual* que parece ser que fue escrito por los diputados Freire Castrillón y Pastor Pérez, «pero que cuando se instruyó causa contra su autor presentóse como tal el canónigo Ayala, y él fue el que pagó las costas del proceso» (pp. 379-380, de la edición de 1986, la de la Fundación Universitaria Española); o como Rodríguez-Moñino, aunque no esté directamente en el centro del interés de la edición del *Diccionario razonado*.

El estudio introductorio de Cantos Casenave se completa con el análisis del *Diccionario razonado* en la estela de otros diccionarios polémicos, en donde al considerado referente principal del español, el *Nuovo vocabulario* (1799) de Lorenzo Ignazio Thjulen, se añaden como fuentes plausibles otros diccionarios franceses anteriores como el *Dictionnaire national et anecdotique* (1790), de Pierre-Nicolas Chantreaux, o el *Nouveau Dictionnaire* (1792), del abate Adrien-Quentin Buée. En cualquier caso, como bien señala la estudiosa, el contexto político que rodeó las obras de Pérez Santesteban y de Gallardo fue muy distinto del que

impulsó la creación de los diccionarios filosóficos de Voltaire o Rousseau y también la de otros textos antirrevolucionarios. Este análisis se complementa con un cuadro que se deja para el final de la introducción («Comparativa lexicográfica de los diccionarios», pp. 55-73), antes de la conclusión, de los criterios de edición y de la bibliografía, en el que se pueden visualizar las entradas de los tres diccionarios citados, más *La raison par alphabet* (1769), de Voltaire, confrontadas con las del *Diccionario razonado*.

El conjunto es el estudio más extenso y documentado sobre el retrógrado texto que encorajinó a Gallardo. Marieta Cantos Casenave aborda una selección léxica –la primera y la aumentada en cincuenta voces ese mismo año de 1811– que obedece al contexto polémico del Cádiz de las Cortes y, también, al contexto político nacional, como indica (p. 38). Analiza, además, en el apartado cuarto («Rebatir al contrario y aleccionar al lector incondicional») los recursos y estrategias que utilizan los diccionaristas como Pérez Santesteban para lograr sus fines, desde la parodia lexicográfica, la animalización degradante del adversario ideológico, la cosificación del *Pueblo* como «Colección de figuras o muñeques que traen los titiriteros a cuevas, según los filósofos» (p. 172), hasta otros recursos humorísticos con la relación de cuentecillos o anécdotas que ilustran algunas entradas.

Decía al comenzar que esta es la «primera edición moderna exenta» del *Diccionario razonado* porque la edición anterior del texto antiliberal la añadió Alejandro Pérez Vidal a la suya

del *Diccionario crítico-burlesco* de Gallardo que apareció en la editorial Visor en 1994. El autor de uno de los mejores libros sobre el polígrafo extremeño hizo esa aportación innegable poniendo a disposición del lector las dos piezas de la polémica. En el caso de la obra de Justo Pastor Pérez, editó, lógicamente, la segunda edición aumentada, respetando la ortografía y el tratamiento tipográfico originales, además de marcar al margen la paginación de la impresión de 1811 y de señalar los saltos de página con una barra inclinada (/), con una intención claramente de ofrecer una edición diplomática. Marieta Cantos, sin embargo, moderniza la ortografía y la puntuación, corrige erratas y nos ofrece un texto muy limpio y rigurosamente anotado. Nada que objetar; al contrario, pues son criterios que debemos compartir a la hora de editar este tipo de textos. Pero sorprende que señale en sus criterios de edición que no ha tenido en cuenta «el texto que ofrece Alejandro Pérez Vidal, pues presenta numerosos errores probablemente debidos a una reproducción mecánica con un sistema de OCR antiguo» (p. 76). No hay errores en la edición de Pérez Vidal, sino una opción al dar el texto modernamente. Su fidelidad al texto que salió de las prensas de la Junta Superior de Cádiz lo invalida como un texto que deba ser tenido en cuenta —lo lógico es ir a la segunda edición—; pero no porque contenga errores.

Hay otra cosa llamativa en esta necesaria edición, y que no ensombrece para nada sus muchos valores. Un lapsus por la mención en dos ocasiones (pp. 29 y 31) de un trabajo en prensa de la autora que no se incluye en la bibliografía. Es uno de esos casos de desacuerdo entre la realidad y el deseo en la carrera investigadora que quiere reflejarse en unos trabajos publicados. La edición de este *Diccionario razonado*, sin duda, se ha adelantado a un avance que Cantos Casenave envió para su publicación en una revista y uno no sabe ahora si lo que ya está en la luminosa introducción de este libro verá la luz. Algo parecido a lo que parecen indicar esas alusiones en el texto a un fantasmal trabajo.

Son virtutas del taller que ha dado un trabajo formidable, que maneja muy bien las fuentes primarias y la documentación de archivo antes no consultada, y que pone por primera vez a disposición de los lectores y estudiosos un texto muy singular, divulgado, pero al tiempo opacado, por la notoriedad de la obra de una de las personalidades más interesantes de la primera mitad del siglo XIX y del contexto del liberalismo español de las Cortes de Cádiz: Bartolomé José Gallardo. Más *grande* que Justo Pastor Pérez; que, al fin y al cabo, es el protagonista de estas líneas.

Miguel Ángel LAMA